

CAPÍTULO III

LAS IDEAS GENERALES Y LA SUSTITUCIÓN EN VARIOS GRADOS

I. Ciertos caracteres generales no producen en nosotros una impresión distinta. — Son incapaces de provocar en nosotros una tendencia distinta y un nombre. — Procedimiento indirecto por el cual llegamos á pensarlos. — Ejemplo en los números. — Su representante mental es un nombre de número. — Serie de sustituciones superpuestas. — Nuestra idea de un número es un nombre sustituto de otro nombre unido á la unidad.

II. Ejemplos en geometría. — Nuestra noción del círculo no es la figura sensible que imaginamos, sino un grupo de nombres combinados, representantes mentales de ciertos caracteres abstractos. — Sustitución de la fórmula á la experiencia imposible. — Pensamos el objeto ideal por su fórmula. — Uso universal de la sustitución en matemáticas.

III. Ejemplos en las series infinitas. — El tiempo y el espacio. — En una serie ó cantidad infinita, no pensamos la totalidad de sus términos, sino algunos de ellos y uno de sus caracteres abstractos representado en nosotros por un nombre. — Sustitución de la fórmula á la experiencia imposible. — Pensamos la serie ó cantidad infinita por su fórmula.

IV. Resumen. — Nuestras ideas generales son nombres sustitutos de experiencias imposibles. — Ilusión psicológica que consiste en distinguir la idea del nombre. — Efectos singulares y causa general de esta ilusión. — Es natural que los signos dejen de ser notados y terminen por considerarse nulos. — Teorías falsas sobre el espíritu

puro. — El representante mental que llamamos idea pura no es jamás sino un nombre pronunciado, oído ó imaginado. — Los nombres son una clase de imágenes. — Las leyes de las ideas se reducen á las de las imágenes.

I. Hay cosas de que no podemos tener experiencia; ahora bien, puesto que las experiencias, por su carácter común, son las que despiertan en nosotros una tendencia distinta y este nombre que llamamos idea, parece que jamás debemos tener una idea de aquellas cosas. La tenemos, sin embargo, muy exacta y muy clara. Es que la operación que consiste en nombrar se complica y conduce por un rodeo á éxitos inesperados. Aquí, como hace un momento, el mismo instrumento trabaja, solamente que trabaja no ya por una sustitución simple, sino por una serie de sustituciones.

Consideremos un número cualquiera, por ejemplo, 36. Cuando leo este signo, entiendo muy bien el sentido que tiene, es decir, imagino muy claramente aquello á que reemplaza: 36 es por definición 35 más 1. En otros términos, el grupo designado por 36 es igual al grupo designado por 35, si á 35 se añade 1. 36 es, pues, un término colectivo que reemplaza á otros dos. Pero 35 es por definición 34 más 1; 34 de modo semejante es 33 más 1, y así sucesivamente. Se ve que 36, en último análisis, es un término abreviado que sustituye á otros treinta y seis. Remontemos á los orígenes para comprender mejor esta operación.

He aquí una ficha blanca en un lado de la mesa y una ficha roja en el otro. Puedo olvidar todas sus cualidades respectivas, puede chocarme solo que una parte de mi impresión

se ha *repetido*, puedo sentir que la observación que acabo de hacer de la ficha roja es semejante, en cierto punto, á la que he hecho de la ficha blanca, y puedo sentir, después de estas dos experiencias sucesivas, una tendencia consecutiva distinta y correspondiente á su número, es decir, á la propiedad que tienen de ser dos. — Como todas las tendencias, esta lleva á un signo; admitimos para él la palabra ordinaria, dos. He aquí un nombre general; estaremos tentados á pronunciarle, como en el caso de las fichas, después de toda experiencia *repetida*. De modo semejante también, cuando lo leemos ó lo oímos, no tenemos más que insistir para evocar interiormente, como en presencia de la palabra gato ó de la palabra abedul,—la imagen de un caso en que se aplica; imaginamos una ficha al lado de otra, una piedra junto á otra piedra, un sonido después de otro, como hace un momento imaginábamos un hocico fino con un pelo gris ó blanco, un delgado tronco blanco con pequeñas hojas temblorosas.—Lo mismo ocurre con las palabras tres, cuatro; es esto más difícil con las palabras cinco, seis; la dificultad va en aumento con los números superiores, y hay siempre una cifra más ó menos elevada en que todo espíritu se detiene; no podemos percibir ó representarnos distintamente en conjunto más de un cierto número de hechos ó de objetos; de ordinario cinco ó seis, las más de las veces, cuatro.—Para remediar este inconveniente, olvidamos el grupo que corresponde á la palabra; no concedemos ya atención sino al vocablo sustituto; después de haber visto juntas cuatro cosas, las olvidamos para no pensar sino en la palabra cuatro, y podemos olvi-

darlas, porque más tarde, volviendo sobre la palabra y haciendo en ella hincapié, las volveremos á ver interiormente, sin menoscupio ni confusión. He aquí, pues, cuatro operaciones reemplazadas por una sola.—Que una nueva cosa semejante á las precedentes se halle después que hayamos pronunciado la palabra cuatro, y formará con ella un grupo nuevo, y nacerá en nosotros una tendencia análoga á la que nos ha hecho decir dos, tendencia semejante á la primera, en cuanto se trata también de una adición, tendencia distinta de la primera, en cuanto que, en vez de añadir una cosa á otra, se añade en este caso una cosa á un grupo formado de otras cuatro. Esta nueva tendencia termina en un nombre nuevo, cinco. Otra, suscitada del mismo modo, llevará á la palabra seis, y así sucesivamente.—Se ve que en esta escala cada nuevo nombre es el sustituto del precedente, y por tanto del objeto del precedente añadido á la unidad.

En este caso se ha rehuído además una dificultad insuperable.—Si podemos imaginar distintamente juntos, dos, tres y aún cuatro hechos ú objetos, no podemos imaginar distintamente treinta y seis juntos. La propiedad abstracta y general de ser dos, tres ó cuatro, puede despertar en nosotros una tendencia, y por consiguiente, un nombre correspondiente; por el contrario, la propiedad general y abstracta de ser treinta y seis ó cualquier otro número considerable, no lo consigue.—Ante este obstáculo, hacemos un rodeo; franqueamos mediante una escalera el foso demasiado ancho para nuestras piernas. No reemplazamos primeramente por una palabra el carácter abstracto y general del grupo puesto

en observación, porque ese grupo no puede franquearse con éxito; treinta y seis peones colocados juntos sobre una mesa, no nos darían más que una impresión de masa y de conjunto, sin distinción enumerativa de los individuos.—Vamos más lentamente, tomamos primeramente un grupo muy pequeño, proporcionado á la muy limitada amplitud de nuestro espíritu, y capaz de despertar en nosotros una tendencia y un nombre. Unimos enseguida este nombre, y por consecuencia el objeto de él, es decir, el pequeño grupo, á un nuevo individuo, lo cual despierta otra tendencia y otro nombre; caminamos así paso á paso hasta el nombre final, y este, obtenido por fin, corresponde al carácter abstracto que, directamente, no evocaba en nosotros nombre alguno.

En este concepto, el nombre final es singularmente notable. Si buscamos su sentido, no hallamos más que un nombre, el de la cifra inferior á la que se añade la unidad; lo mismo ocurre á este, y así sucesivamente; tan sólo al fin de tan largo camino retrospectivo, y habiendo descendido treinta, cincuenta, cien, mil, diez mil escalones, hallamos de nuevo nuestra experiencia.—Y sin embargo, este nombre sustituye á una experiencia, otra que no hemos hecho, que no podemos hacer, que está por encima del hombre, pero que en sí es posible, y que un espíritu más comprensivo podría hacer; 36 designa la cualidad común á todos los grupos de treinta y seis individuos, cualidad que, presente ante nosotros, no nos excita en modo alguno tendencia precisa, y que un espíritu capaz de mantener juntos ante sí treinta y seis objetos ó hechos con distinción, podría solo experimentar.—Por este artificio lle-

gamos al mismo efecto que una criatura dotada de una memoria y de una imaginación indefinidamente más claras y más vastas que las nuestras. La sustitución ha hecho aquí todo como antes. Después de habernos permitido extraer las cualidades, nos da el medio de contar y medir las cantidades. Gracias á sustituciones, hemos podido pensar las propiedades abstractas de los individuos. Gracias á series de sustituciones superpuestas, podemos nombrar y por tanto pensar ciertas propiedades abstractas, particulares á los grupos, propiedades que la limitación de nuestra imaginación y de nuestra memoria parecía impedirnos para siempre pensar, es decir, nombrar.

II. El poder de la sustitución se extiende mucho más lejos.—El lector sabe que los cuerpos geométricos no existen en la naturaleza; no encontramos y probablemente no podremos hallar, círculos, cubos, conos que sean perfectos. Los que vemos ó hacemos no son tales, sino aproximadamente.—Y sin embargo, los concebimos perfectos; razonamos acerca de figuras cuya regularidad es absoluta. Sabemos, con entera certidumbre, cual es la abertura de cada ángulo en un miriángono regular, y cuantos ángulos rectos suman sus ángulos. Aún más; cuando para comprender un teorema de geometría, trazamos una figura en el encerado, nos preocupamos muy poco de que su exactitud sea perfecta; la hacemos groseramente con tiza; aguantamos sin dificultad líneas temblorosas en nuestro polígono, ó una redondez bombeada en nuestro círculo. En efecto, no consideramos para nada el círculo tra-

zado; no es en modo alguno nuestro objeto, no es más que nuestra ayuda; concebimos á su propósito algo que difiere de él, que no es blanco, ni está trazado sobre fondo negro, ni tiene determinado radio, ni una redondez inexacta.—¿Cuál es, pues, el objeto concebido cuyo modelo no dá la experiencia? La definición nos responde. El círculo es una curva cerrada, cuyos puntos todos están igualmente distantes de uno interior llamado centro.—Pero ¿qué hay en estas palabras? Nada, sino una primera serie de vocablos abstractos, que designan el género de la figura, y una segunda de vocablos abstractos que designan su especie, combinada la segunda con la primera, como una condición añadida á otra. En otros términos, un carácter abstracto, notado por las primeras palabras, ha sido unido á otro, notado por las segundas, y el compuesto total, así construido, designa una cosa nueva, que nuestros sentidos no alcanzan, que nuestra experiencia no halla, que nuestra imaginación no sabe trazar. No tenemos necesidad de alcanzar, hallar ó imaginar este objeto; tenemos su fórmula, y esto basta.

En efecto, esta fórmula sería rigurosamente la misma, si el objeto hubiera caído bajo nuestra experiencia. La hemos hecho de antemano en lugar de hacerla inmediatamente después; y la fórmula corresponde tanto más ciertamente á la cosa, cuanto que esta debe conformarse á ella, y no al revés. Las dos forman, pues, un par cuyo segundo término, la definición, equivale al primero, es decir, al objeto.—Este puede permanecer ideal, estar situado por sí mismo fuera de todo nuestro alcance; poco importa; poseemos su

representante. Todo cuanto hablemos de propiedades y de relaciones en él sustituto, podemos atribuirlo con certidumbre al sustituido. Alcanzamos este de rechazo como un agrimensor que queriendo medir la distancia de un objeto inaccesible, mide una base y dos ángulos, y conoce la primera cantidad por las tres segundas.—Todas las concepciones matemáticas están formadas por este procedimiento. Tomamos abstractos muy sencillos, la superficie que es el límite del sólido, la línea que lo es de la superficie, el punto de la línea, la unidad por ser uno, es decir, la existencia distinta entre semejantes. Combinamos estos términos entre sí y formamos primeramente compuestos poco complejos, los de dos, tres, cuatro y de los primeros números, los de más y menos, más grandes y menos grande, línea mayor y menor, por consiguiente los de línea recta ó curva, triángulo, círculo, y consiguientemente también los de esfera, cono, cilindro y demás. La complicación de los compuestos va en aumento; es indefinida; todos juntos forman un reino aparte de objetos que no son reales, pero que son distribuibles, como los objetos reales, en familias, géneros, especies y cuyas propiedades descubrimos considerando al lado de ellos los de las fórmulas que son sus sustitutos.

Por una continuidad extraña el proceso que ha formado estos objetos es también el que establece sus relaciones. Aritmética, álgebra, geometría, geometría analítica, mecánica, cálculo superior, todas las proposiciones de las ciencias matemáticas son sustituciones. Un número cualquiera es el sustituto del precedente añadido á la unidad. Calcular es reemplazar varios números por uno

solo á continuación de varias sustituciones parciales. Resolver una ecuación es sustituir términos unos á otros para llegar á una sustitución final. Medir, es poner en lugar de una magnitud no definida otra definida con relación á la unidad. Hacer una figura para demostrar un teorema es sustituir ciertas líneas y ángulos conocidos por otras líneas y ángulos que se trata de conocer. Hallar la fórmula algebraica de una curva, es descubrir entre ciertas líneas con ella enlazadas una relación matemática y traducir una cualidad en cantidad.—Cualquiera que sea el razonamiento que hagamos sobre números y magnitudes, consiste siempre en ir de un equivalente hasta otro por una serie de equivalentes intermedios, en reemplazar magnitudes por los números que las expresan, una forma por la ecuación que le corresponde, una cantidad determinada por otra en vías de formación de que aquella es límite, un movimiento y una fuerza por una línea que los represente. De cada zona, se pasa á la otra por sustituciones, y como un sustituto puede tener otro, la operación no tiene límites.

III. Dejemos así esta extensión del procedimiento, y considerémosle una última vez en su origen. Se acaba de ver cómo combinando juntos abstractos, hacemos, con toda clase de componentes, el primer término de un par cuyo segundo está fuera de nuestro alcance, y como, estudiando la fórmula generadora, descubrimos las propiedades del objeto que ha de engendrar. En ciertos casos, descubrimos en ella propiedades maravillosas, y la fórmula nos manifiesta hechos

situados no sólo más allá de nuestra experiencia sino más allá de toda experiencia.—Si dividimos 2 por 3, hallamos una fracción decimal infinita, 0,6666, etc.; y podemos demostrar que es infinita. Lo es rigurosamente y sin obstáculo posible; por mucho que se alargue la operación, el resto será siempre 2, y el cociente 6. Después de un millón, y mil millones, después de cien mil millones de divisiones siempre habrá otras nuevas, con el mismo resto y el mismo cociente, con un cociente total siempre demasiado pequeño, demasiado pequeño de una fracción que tendrá por numerador 2, y por denominador la unidad seguida de tantos ceros como unidades haya en el número de divisiones hechas. He aquí un infinito, no vago, no indefinido, sino preciso, que rechaza expresamente todo límite, y tan claramente entendido que todos sus elementos tienen sus propiedades distintas y expresas.—¿Es esto decir que perciba distintamente la serie infinita de estos elementos? No, ciertamente. Aquí todavía hay un sustituto, la fórmula, de la que se deducen la serie y las propiedades de los elementos. Lo que percibimos, es un carácter general del dividendo y del resto. Desde la primera división, se puede notar que siendo el resto 2, cómo el dividendo, debe, al hacerse él mismo dividendo, engendrar también un resto 2, éste lo mismo y así sucesivamente. En otros términos, deducimos en el dividendo esta propiedad de hacer nacer una cifra semejante que, siendo semejante á él, tiene su misma propiedad. Esta cualidad abstracta es la causa de toda la serie; ella la obliga á ser infinita; ella sola es la que nosotros percibimos; cuando decimos que concebimos la serie infinita,

significa esto tan solo que separamos esta propiedad de volver á engendrarse infinitamente; no percibimos más que la ley generadora; no comprendemos todos los términos engendrados.—Pero para nosotros el efecto es el mismo; porque, aplicando la ley, podemos definir cualquier término de la serie, medir exactamente el aumento de aproximación que añade al cociente, determinar rigurosamente el grado de inexactitud que la división encierra aún, si se detiene en este punto. La percepción de la ley equivale, pues, á la de la serie; una serie infinita de términos distintos ha hallado su sustituto en un carácter abstracto, y en vez de una experiencia que por definición es imposible, hemos aislado una propiedad cuya separación no ha costado más que dos experiencias y que nos ha producido el mismo resultado.

Así ocurre siempre que concebimos y afirmamos alguna magnitud abstracta verdaderamente infinita, el tiempo ó el espacio. Tomamos una parte de ellos, una pequeña porción de tiempo comprendida en nuestras sensaciones sucesivas, una reducida porción de espacio comprendida en nuestras sensaciones simultáneas. Consideramos aparte esta porción; deducimos de ella la propiedad que tiene de ser superada por un *más allá* absolutamente semejante á ella misma. Establecemos, como hace un momento, la ley general de que la magnitud en cuestión se continúa fuera de sí mismo por otra enteramente semejante, esta de igual modo y así sucesivamente, sin que pueda presentarse un límite. A esto se reduce nuestra concepción del tiempo y del espacio infinitos.—Pero el resultado es el mismo que si el campo de nuestra imaginación, infinitamente extenso,

podiera presentarnos á la vez toda la serie infinita que se llama tiempo, ó la extensión infinita en tres sentidos que se denomina espacio. Porque partiendo del carácter general único presente en nosotros, podemos imaginar también claramente y afirmar, tan seguramente como si hubiéramos hecho la experiencia, toda porción de tiempo ó de espacio, en cualquier punto en que se halle, una duración cualquiera que ha precedido al nacimiento del sistema solar, tal extensión situada más allá de las últimas nebulosas de Herschell. Objetos infinitos, series ó cantidades (1), pueden, pues, ser representados por una propiedad abstracta; basta que esta sea su generadora. Por ella, indirectamente, llegan á hacérsenos presentes. Este es, creo yo, el más admirable ejemplo de sustitución.—Hay otros análogos, pero invertidos, en matemáticas; ciertas cantidades, que van creciendo ó decreciendo sin poder tener nunca un término, sustituyen al término á que se acercan necesariamente sin alcanzarle jamás. El polígono de un número infinito de lados inscrito en el círculo equivale á este. El número mixto $1 + \frac{1}{2} + \frac{1}{4} + \frac{1}{8}$ etc., equivale al número 2. En este caso también, como anteriormente, los matemáticos no hacen más que reanudar, extender ó dar vuelta á un procedimiento espontáneo del espíritu.—Directo ó inverso, el procedimiento se explica de igual modo. Dados los dos miembros de un par, infinito el uno, limitado el otro, puede considerarse á voluntad el uno ó el otro,

(1) Por extensión se habla de una cantidad infinita. Propiamente hablando, una cantidad siempre es finita, y solo son infinitas las series.

y si su correspondencia es rigurosa, separar en el uno propiedades que pertenecen también al otro, pero que en el otro no cabe separar.

IV. Recapitulemos. No son los números, excepto los tres ó cuatro primeros, lo que pensamos, sino sus equivalentes, á saber, el nombre del número precedente añadido á la unidad; no son los objetos infinitos, ni los ideales lo que pensamos, sino los caracteres abstractos, que son sus generadores; no son los caracteres abstractos lo que pensamos, sino los nombres comunes que les corresponden. Por lejos que fuéramos, siempre iríamos á dar con nombres. Parece que las cosas más lejanas á nuestra experiencia y las más inaccesibles á toda experiencia nos están presentes; lo que nos está presente, es un nombre sustituto de un carácter abstracto, sustituto á su vez de la cosa, muchas veces pasando por varios intermediarios, hasta que, por una serie de equivalentes, la cadena se une al objeto lejano que no alcanzamos directamente.

De donde ilusiones singulares. Creemos tener, más allá de nuestros nombres generales, ideas generales; distinguimos la idea de la palabra; nos parece una acción aparte, de que la palabra es solamente auxiliar; la comparamos á la imagen; decimos que desempeña el mismo oficio en otra esfera y nos hace presentes las cosas generales, como la imagen nos hace presentes á los individuos. Notamos con Descartes, que se concibe muy bien un miriágono y que se imagina muy mal. Ponemos de un lado el miriágono inteligible y la idea precisa que le corresponde, de otro el

miriágono sensible y la imagen confusa correspondiente. Observamos entonces que esta idea no se parece en nada á esta imagen, excepto por su uso; como la imagen, hace presente una cosa ausente, esto es todo; pero no tiene otras propiedades; no es, como la imagen un eco, el eco de un sonido; de un olor, de un color, de una impresión muscular, en resumen, la resurrección interior de una sensación cualquiera, nada tiene de sensible, y no la definimos sino negando de ella todas las cualidades sensibles; nos parece, pues, una pura acción desprovista de toda cualidad, excepto la de hacer el miriágono presente á nosotros. La comparamos á algo aéreo, nunca oído, incorpóreo; suponemos un sér cuya acción sea; nos parece tan puro y etéreo como ella; le llamamos espíritu, y decimos que nuestro espíritu, por encima de todas las imágenes, se representa y combina las cualidades abstractas de las cosas.

Fácil es analizar ahora el mecanismo de esta ilusión. Hemos olvidado la palabra que es toda la sustancia de nuestra operación; la hemos tratado como accesorio, y hemos considerado la operación, menos lo que contiene; queda el vacío.—Este error de conciencia es muy frecuente y deriva de una ley general. En una impresión ó grupo de impresiones que se presenta un gran número de veces, nuestra atención concluye por inclinarse entera á la porción interesante y útil; descuidamos lo demás, no lo notamos; ya no tenemos conciencia de ello; aunque presente, parece ausente. Tales son las pequeñas sensaciones musculares producidas por la adaptación del ojo á las diferentes distancias; son los signos de estas

distancias; por ellas imaginamos la proximidad ó el alejamiento mayor ó menor de las cosas. Cuando apreciamos una distancia, es necesario que se den; y sin embargo, no las analizamos ya, aunque algún deseo tengamos de hacerlo; para nosotros como si no existieran; nos parece que conocemos directamente y sin su intervención, la posición que sólo ellas señalan; si á veces nos sorprenden, es exagerándose, por ejemplo, cuando, obligado á leer de demasiado cerca ó demasiado lejos, experimentamos en los músculos del ojo una fatiga notable; fuera de estos casos, son invisibles y están como desvanecidas.—De modo semejante, un compositor que acaba de leer un trozo de ópera no se acuerda de las corcheas, de las blancas, de las claves, de los trasportes y de todo el galimatías negro sobre el cual se han paseado sus ojos, sino solamente de la serie de los acordes que interiormente ha oído; los signos se han borrado, sólo quedan los sonidos.—Cuando se trata de palabras, podemos marcar los diversos grados de esta desaparición. Si una página está manuscrita, comprendemos el sentido más difícilmente que si está impresa; nuestra atención se dirige en parte á la forma exterior de los caracteres, en vez de inclinarse por entero al sentido que expresan; notamos en estos signos, no ya solamente su uso, sino también sus particularidades individuales. Pero al cabo de algún tiempo ya no nos sorprenden; no siendo ya nuevas, no son ya singulares; no siendo ya singulares, no son notadas; desde este momento, en el manuscrito como en el impreso, nos parece que no seguimos ya palabras, sino ideas puras.—Se vé ahora por qué en nuestros razonamientos y en

todas nuestras operaciones superiores, la palabra, aunque presente, ha de parecer no estarlo. Juzgamos, por el escalonamiento de nuestros descubrimientos, que hemos obrado, que hemos producido una serie de acciones, que esta serie corresponde á una serie de cualidades ó caracteres de las cosas, que nuestra acción es eficaz, y, por tanto, real. ¿Pero qué podemos decir entonces de esta acción interior? Nada, sino que es una acción; por el desvanecimiento de las palabras, la hemos dejado vacía de lo que la constituye; la ponemos aparte, pura y simple, ó como decimos, espiritual; habiéndola despojado, la creemos desnuda; y notando más tarde que para producirla hemos leído signos, creemos que el signo no es para ella más que una ayuda previa y un excitante separado. Esta separación y esta desnudez que son obra nuestra, no le pertenecen; se las damos nosotros.

Tal es la primera de las ilusiones psicológicas, y lo que llamamos conciencia está llena de ellas. Las falsas teorías que han hecho nacer son tan complicadas como numerosas y entorpecen hoy la ciencia; cuando se las haya limpiado de estorbos, la ciencia volverá á ser sencilla.—Apartada ésta ilusión, se vén las consecuencias. Lo que hay en nosotros cuando pensamos los caracteres y cualidades generales de las cosas, son signos, y nada más que signos, quiero decir, ciertas imágenes ó resurrecciones de sensaciones visuales ó acústicas, enteramente semejantes á las demás imágenes, excepto en que corresponden á los caracteres y cualidades de las cosas y en que sustituyen á la percepción que falta ó es imposible de estos caracteres y cualidades.—Así cuando, des-

cuidando las sensaciones presentes, notamos la multitud interior que se agita incesantemente en nosotros, no encontramos en ella más que imágenes, salientes las unas y sobre las que se fija la atención, otras borrosas y en apariencia reducidas al estado de sombras, porque la atención se ha apartado de ellas para fijarse en su uso. He aquí un elemento del conocimiento que parecía primario y que entra en otro. Se trata ahora de conocer éste. Puesto que nuestras ideas se reducen á imágenes, sus leyes se reducen á las de las imágenes; vamos, pues, á estudiar éstas.

LIBRO SEGUNDO

LAS IMAGENES